

La contribución filosófica de Enrique Molina Garmendia a la cultura chilena

MIGUEL DA COSTA LEIVA

1.— *El aporte espiritual de Enrique Molina.* Nuestro autor constituye uno de los intelectuales sudamericanos cuyo pensamiento traspasa los límites de su país de origen. Afortunadamente, Chile ha tenido siempre una selección de hombres ilustrados cuya irradiación cultural ha sido reconocida en el mundo occidental, en especial, en los países hispanoparlantes. Molina, en este sentido, es digno continuador de intelectuales de la talla de Diego Barros Arana, José Victorino Lastarria, Valentín Letelier, o Domingo Amunátegui, y su obra se inscribe a la misma altura de sudamericanos como Andrés Bello, Domingo Faustino Sarmiento, José Vasconcelos, José Ingenieros.

Su aporte espiritual es variado. Su preocupación principal es la filosofía, pero el medio en que vive y las preocupaciones pragmáticas que tiene le obligan a desarrollar su pensamiento y su acción en varias direcciones. Es uno de los intelectuales más culto e ilustrado de la primera mitad de este siglo, no sólo en Chile sino en Sudamérica. El manejo de al menos cuatro idiomas modernos le hace estar al día en la producción literaria y filosófica que nace en Europa y América durante su contemporaneidad. Sus frecuentes viajes de estudio por el Viejo

y Nuevo mundos le ponen en contacto con los principales responsables de la cultura de su tiempo. Su dilatado ejercicio de Rector de una universidad moderna y la difusión de sus libros e ideas, le dan autoridad y prestigio internacional en el mundo del espíritu. En Chile, podemos decir que ejerció un reconocido liderazgo espiritual y moral. La fuerza de su personalidad, avalada por una extensa obra material e intelectual, pesó beneficiosamente en varias generaciones. Su estatura moral intachable hizo que se le considerara como auténtico maestro y conductor de juventudes.

Su aporte al mundo de la cultura podemos sintetizarlo en los siguientes capítulos:

Despertó el interés por el cultivo de la filosofía en vastos sectores de la sociedad chilena ilustrada. Antes de él esta disciplina, a pesar de una secular herencia que viene del siglo XVIII motivada principalmente por la fundación de la primera universidad chilena —la Universidad Pencopolitana— su estudio había languidecido siendo, por lo general, exclusiva preocupación de teólogos y religiosos con alguna rara excepción de otros representantes seglares. Este interés se concretó en la preocupación académica que dieron a esta disciplina las principales universidades chilenas. No podemos desconocer que la figura de Molina es un factor determinante para que se acreciente en Chile el estudio sostenido de la filosofía en sus diferentes áreas y tendencias. En el florecimiento filosófico chileno de este siglo la figura de Molina es un factor importante de su desarrollo.

Este interés, además, significó en su tiempo despertar vocaciones filosóficas bien concretas. Varios pensadores chilenos recibieron de Molina algún tipo de influjo directo. El medio intelectual donde desarrollaba su acción fue, de algún modo, fuertemente influenciado por la actividad filosófica de nuestro autor, sea a través de sus libros, de sus conferencias, discursos, cartas y exhortaciones, amén de la dilatada labor que ejerció como profesor de filosofía en el Liceo y en la Universidad.

Pero su acción fue más allá: logró impregnar de la curiosidad filosófica a una gran masa de intelectuales que actuaba en los terrenos de la política, literatura, poesía, periodismo, pedagogía, derecho, etc. A través del tiempo se observa en la documentación emergida del magisterio de Molina, el crecimiento

de un ambiente filosófico dentro de la intelectualidad chilena caracterizada por un conocimiento profundo de las cuestiones y problemas de la filosofía. No es extraño que aparezcan en este medio auténticos filósofos de oficio influenciados por estas motivaciones.

El resultado de esta difusión filosófica, a nivel nacional, hizo posible la constitución de la Sociedad Chilena de Filosofía, fundada en 1948 y que se ha transformado con el tiempo en un poderoso aliciente y catalizador de la actividad filosófica chilena desde la fecha de su fundación. E. Molina fue su primer Presidente.

Desde entonces, las publicaciones periódicas de filosofía se han multiplicado en el país, a partir de iniciativas surgidas en la Sociedad de Filosofía, en las Universidades y en algunos grupos dedicados a este quehacer. Molina fue uno de los intelectuales chilenos que dio ejemplo que el ensayo filosófico también se podía publicar y hasta vender. Es una tradición que han venido ejerciendo los principales pensadores nacionales.

Lo mismo cabría decir de las reuniones entre filósofos. Auspiciados por la Sociedad de Filosofía y por las Universidades, se han venido realizando congresos nacionales e internacionales, coloquios y seminarios filosóficos, con la participación de renombrados especialistas, lo que ha significado un mayor acercamiento entre los cultivadores de la filosofía, como asimismo, un rico intercambio de experiencias. Molina puso mucho énfasis en la periódica visita, a los centros académicos, de personalidades relevantes del mundo filosófico, tradición que se sigue ejerciendo.

Capítulo aparte representan las conferencias filosóficas: nuestro autor fue uno de los primeros intelectuales chilenos que inauguró la fecunda tradición sistemática de realizar conferencias públicas de filosofía, en una época en que tal actitud era considerada despectivamente y como poco digna de un intelectual. En todas las ciudades donde Molina residió, su principal preocupación fue levantar una tribuna desde donde poder ejercer el magisterio y la difusión de la filosofía. Las ciudades que más se beneficiaron de esta actividad fueron Santiago, Talca y Concepción.

En un orden más relevante, cabe mencionar el hecho destacado de que Molina dio a conocer en Sudamérica el pensa-

miento de muchos filósofos europeos cuando éstos recién comenzaban a publicar sus obras y estaban, por lo tanto, muy lejos del éxito que la historia les adjudicaría más tarde. Es el caso de Ortega y Gasset, Bergson, Simmel, Wundt, Eucken, Durkheim, Husserl, Heidegger, Santayana, etc. y los americanos Lester Ward, William James, J. Dewey, etc. En este sentido fue un pionero: propició una cultura filosófica general e hizo hincapié en la postura crítica que era necesario tener para enfrentar cada uno de estos sistemas, dada la inveterada costumbre sudamericana de asimilar sin más la producción intelectual foránea.

En otro orden de cosas, desarrolló toda una serie de razones para que se incorporaran en Chile, a los planes de estudio, las disciplinas de Psicología Experimental, la Sociología y las Ciencias Sociales, el Derecho Comparado y la Etica Profesional. Abogó además para que en la enseñanza secundaria se incrementaran los estudios de filosofía.

En relación al continente sudamericano, su aporte más significativo podemos condensarlo en los siguientes puntos:

Es uno de los primeros intelectuales ilustrados que reconoce las diferencias culturales que surgen entre Norteamérica y Sudamérica, diferencias que influirán notoriamente en los planes de integración y complementación que estos continentes quieran desarrollar en el futuro. Es la razón por la cual, tempranamente, denuncia la doctrina Monroe ("América para los Americanos"), por considerarla, a comienzos de siglo, como un instrumento de colonialismo y vasallaje de Estados Unidos con respecto a los pueblos sudamericanos, en una época en que recién comenzaban a conocerse los planteamientos de Rodó, del cual, dicho sea de paso, fue Molina uno de sus principales propagandistas en Chile, pero al cual posteriormente impugnó, cuando la evolución de los acontecimientos históricos puso en peligro la seguridad e independencia de los países americanos, durante la Segunda Guerra Mundial.

La clara conciencia de diferencias culturales y económicas entre las dos Américas, lo lleva a enhebrar intensas polémicas con algunos intelectuales estadounidenses, sudamericanos y europeos, entre ellos el doctor Edward Ross, de la Universidad de Wisconsin (USA), y el doctor William R. Shepherd, de la Universidad de Columbia (USA). Estos autores habían expresado ácidas

críticas a la naturaleza psicológica, cultural, económica y social de los sudamericanos, emparentándolas con los defectos y vicios que el colonialismo español había llevado en su empresa colonizadora. Molina, de acuerdo con nuestra información, es el único sudamericano que intenta rescatar una imagen digna y objetiva de los hombres de este continente según estas críticas, y está atento a éstas y otras invectivas para desahuciarlas, por considerarlas falsas y como una grotesca imagen obtenida desde un escritorio y sin una observación cuidadosa y objetiva de los verdaderos problemas que subyacen en la constitución de las nacionalidades americanas. Nadie se salva de las rectificaciones que emprende a través de la revista Atenea, amplia tribuna intelectual que llegaba a casi todos los países occidentales con la voz de Molina y de muchos otros escritores de este continente. Por el mismo motivo, entra en una violenta polémica con Pío Baroja, quien en su libro "Juventud-Egolatría", había denigrado ferozmente a los sudamericanos en una forma que nuestro autor consideró como un insulto a la raza. Baroja recomendaba allí, al pueblo español, que se alejara de los sudamericanos, por considerarlos incapaces de crear algo de valor, justamente cuando, entre otros, Rubén Darío vitalizaba el verbo castellano, Gabriela Mistral y Pablo Neruda daban a conocer sus obras, Rodó, Ingenieros, Vasconcelos, Deusta, Molina, etc., sentaban cátedra intelectual de reconocimiento mundial.

En respuesta a tales exabruptos, Enrique Molina intenta construir una visión de Norteamérica en las dos ocasiones que visita largamente ese país. Los libros y ensayos que de estos viajes resultan, constituyen una de las muestras más ponderadas y objetivas que sobre este pueblo conocemos. Quiso con ello dar un ejemplo de cómo había que proceder para enjuiciar científicamente a los pueblos y sus hombres.

Un aspecto digno de considerarse como otro de sus aportes espirituales, es aquel que dice relación con la difusión y estímulo que prodigó a ciertos conceptos e ideas claves en todo el continente americano y que han tenido en los hechos una importancia difícil de medir empíricamente, por expresarse éstos en el terreno de la ética y la política. Así, tenemos que fue un defensor irrestricto de lo que él llamó "valores espirituales". Emprendió su difusión como cruzada a raíz de hechos bien concretos: el poeta argentino Leopoldo Lugones había expresado

públicamente en Lima su complacencia ante el surgimiento en América del imperio de la espada. Contra esta posición sobrevino una sonada polémica que tuvo repercusiones continentales. Molina propició siempre la idea del régimen democrático como el mejor medio de crecimiento y desarrollo de las potencialidades del hombre. En consonancia con ello, expuso toda una concepción de valores fundados en el trabajo digno, en una libertad responsable, una solidaridad fecunda, y defensa del individuo que incluía el respeto de sus creencias, movimiento y formas de expresarse. La concreción de estos valores —pensó— debía tener su mejor difusión en una educación que preparara para la democracia; y su ejercicio, en las responsabilidades que demandaban los deberes y garantías del ciudadano dentro de un Estado de derecho.

Surge, por lo mismo, la concepción de un nacionalismo que nuestro autor llama “solidario” y que consiste en evitar los individualismos nacionales extremos, que sólo producen la guerra y sus nefastas secuelas. Las naciones sudamericanas, por su común origen racial y cultura, deben marchar unidas, porque tienen destinos comunes. Será ésta la única forma para que puedan progresar. El nacionalismo solidario implica el fortalecimiento de relaciones económicas y culturales, el desahucio de confrontaciones bélicas, el entendimiento directo entre las partes de un contencioso, y fundamentalmente, la agrupación de países en áreas de influencias comunes. Es así que, dadas las diferentes peculiaridades que identifican a los países sudamericanos, propone, en consonancia al esquema de Waldo Frank, efectuar las siguientes Confederaciones: la del Mar Central, la de los Andes, y los Estados Unidos de la América Austral.

Piensa que la gran tarea que deben emprender estos pueblos es la universalización de la educación y la cultura. En esto se revela su veta de maestro. En Chile, Molina ocupará los más altos cargos en la dirección de la educación y apoyará, sin reservas, las iniciativas y esfuerzos por extender el sistema de enseñanza a todas las capas sociales y, sobre todo, desde un punto de vista cualitativo, hacer que esta enseñanza sea científica y democrática. La renovación de métodos educativos tuvo en Molina su principal exponente en Chile durante su contemporaneidad. En un ámbito continental, defenderá apasionadamente la “cultura americana” en su estricto sentido, frente a

una corriente de opinión que propugna romper definitivamente con lo que califican de “vasallaje cultural” europeo, y cuyos gestores intentan hacer resaltar sólo los valores de una perdida cultura autóctona; y frente a otra, que intenta explicar la cultura americana sólo como una simple localización nueva de la cultura europea. En este asunto, el punto de vista de Molina pone el acento en resaltar el hecho de que las matrices culturales de América son herencia de la llamada “cultura occidental”, introducida en este continente por diferentes canales. La llamada “cultura autóctona o indígena” sólo tiene un valor arqueológico. No obstante, habría necesidad de rescatar de ella aspectos importantes que pudieran ser una real contribución a la cultura occidental, como lo son algunos elementos que provienen del arte indígena. La cultura americana es, en todo caso, algo que recién se está plasmando y tiene, con respecto a la europea, el signo puramente generacional. Ambas ramas pueden perfectamente intercambiar contenidos, puesto que provienen de un tronco común. Si fuera necesario efectuar alguna diferenciación semántica, Molina propone llamar a la americana, “cultura neo-occidental”.

Lo anterior nos lleva a uno de los puntos más importantes de esta cultura: su lengua. Nuestro autor no desperdicó oportunidad, en todas las tribunas internacionales que participó, de hacer resaltar el hecho inaudito de que una profusión de países que se extendían desde la Tierra del Fuego hasta California hablaran una misma lengua: el Castellano. Defenderá su uso apasionadamente en los eventos internacionales, y sobre todo, pondrá en aviso a la comunidad intelectual para que se conserve su pureza. De esta pureza —afirma— dependerá finalmente que los pueblos hispanoparlantes puedan entenderse en otros aspectos, como el comercio, la cultura, etc. Para la gran masa indígena existente en los países sudamericanos, pide que se propicie el bilingüismo, conservando, en la educación que se haga con ellos, los rasgos propicios de su cultura autóctona y que sean relevantes en la conservación de su propio acervo cultural. Esta educación, sin embargo, debe propiciar su incorporación paulatina a la cultura occidental, a fin de que participen efectivamente en el desarrollo cultural de su país de origen.

Desde su cargo de Rector de la Universidad de Concepción, y otros no menos importantes, estuvo pronto para efectuar

el máximo acercamiento entre los intelectuales sudamericanos y europeos. La revista *Atenea* y las aulas universitarias prodigaron tribuna y estímulo a muchos intelectuales nacionales y extranjeros para expresar sus primeros escritos e ideas. En este sentido, la Universidad de Concepción llegó a ser el lugar de peregrinaje casi obligado de cuanto intelectual relevante pasara por Chile. Lo mismo cabría decir de connotados intérpretes y artistas que volcaron su arte en el hermoso Teatro que la Universidad contaba en ese entonces.

Es interesante destacar aquí el papel casi paralelo que en el orden espiritual desarrollan en América Enrique Molina, José Vasconcelos y José Ingenieros. Cada uno de ellos, según su estilo y medio, representa una generación de intelectuales, cuya acción entrelazada en lo teórico y pragmático fue de indudable provecho y beneficio para este continente. No deja de llamar la atención que los tres cuentan con un fuerte andamiaje de ideas filosóficas y que intentan plasmar una interpretación original del mundo en que viven. Por sobre todo, son grandes maestros y americanistas, en el sentido lato de la expresión. Pertenecen a una generación de personalidades ilustradas que intentan plasmar los esquemas de autonomía cultural y social de un continente joven que recién está saliendo de la edad del confusionismo. Por ello, su acción se desenvuelve en la esfera del futuro y del presente, de lo teórico y de lo pragmático. Tienen conciencia que son líderes y que por lo tanto tienen un papel histórico que cumplir; este imperativo lo mediatizan a través de todos los resortes que tienen a su alcance: su cultura, los cargos que ejercen y las relaciones sociales y políticas en las que participan. Pretenden construir o trazar los planes de un futuro mejor, sacando sus enseñanzas de la historia de América y, principalmente, de los atabares y tragedias en que ha discurrido la cultura e historia europea.

También se evidencia un claro paralelismo espiritual en la acción desarrollada por Molina en América y Ortega y Gasset en España. Es curiosa esta similitud, en tanto ambos son conocedores de la filosofía y cultura alemana, fundan una revista ("Occidente" por Ortega y "Atenea" por Molina), y son serios críticos a la filosofía de las costumbres del lugar en que viven.

La obra intelectual de Molina, con ser prolífica, ha quedado opacada por su actividad pragmática, elemento éste más

fácil de percibir y medir por la crítica histórica. Su obra en este capítulo no deja empero de ser meritoria. Podríamos extractar de ella, por ejemplo, lo siguiente: Constituye Molina uno de los principales impulsadores de la Reforma Educacional Chilena, iniciada allá por el año 1927, tendiente a transformar el sistema educativo nacional en un proceso moderno y científico que asegurara a lo menos tres aspectos medulares: la gratuidad de la enseñanza, la obligatoriedad de la educación primaria, y la secularidad. No debemos olvidar que esta reforma fue de gran beneficio al país, puesto que universalizó la cultura y la educación, propiciando un descenso de los índices de analfabetismo a niveles que aún se mantienen entre los más bajos del mundo.

Molina dirige además la fundación y consolidación de la Universidad de Concepción —su obra magna—, primera casa de estudios superiores que se funda en la América Hispana sin el patrocinio del Estado ni de la Iglesia. Bajo su dirección, se convierte en un Centro Piloto, con su Ciudad Universitaria, la difusión universitaria, los nuevos métodos de organización, administración y educación, prestaciones de servicios al estudiante, etc., cuyo ejemplo ha sido recogido por otras universidades sudamericanas. Molina fue Rector de ésta aproximadamente durante treinta y seis años. Todas las instituciones que surgieron durante este tiempo llevan, de algún modo, el sello característico del humanista que era.

La fundación de la revista “Atenea”, como hemos dicho, fue una feliz iniciativa cultural. Esta publicación constituye en el presente una fuente bibliográfica inexcusable en el conocimiento de la historia del pensamiento sudamericano de este siglo. Sigue publicándose regularmente.

Finalmente, digamos que su obra bibliográfica ha quedado expresada en veintidós libros (algunos de ellos con varias ediciones), alrededor de centoveintidós ensayos (según la recopilación que hemos efectuado) y una cantidad indeterminada de opúsculos, discursos, cartas y algunas obras inéditas (a lo menos tres).

En resumen, los principales aspectos que resaltan de la personalidad de Molina, en cuanto a su obra, podríamos determinarlos en los siguientes perfiles:

- a) Es un *Maestro*, en cuanto aportador de nuevas modalidades didácticas y de siempre renovado espíritu pedagógico, dispuesto a enseñar y a servir a las jóvenes generaciones;
- b) Es un *constructor*, en cuanto hombre de acción, ocupado de resolver urgentes problemas que él circunscribió al mundo de la cultura y el espíritu. Su concreción más importante es la Universidad de Concepción;
- c) Es un *viajero*, que sin fatiga recorre países extraños en busca de inspiraciones y estímulos fecundantes para agregar a su ciencia personal;
- d) Es un *publicista*, capaz de dar a conocer con un lenguaje comprensible las aportaciones de la cultura;
- e) Es sobre todo, un *filósofo*, un hombre dedicado intensamente a las labores puras del pensamiento y la meditación y que hizo de su vida el ejemplo más perfecto que se ha dado en el medio chileno de realización espiritual, de equilibrio moral y de hombre en su amplio sentido, esto es, como signo viviente de lo que puede ser y alcanzar una vida sabiamente vivida, sin amarguras y sin odios. Esto es lo que llevó a decir a don Juvenal Hernández, Rector de la Universidad de Chile, que “era imposible resumir su obra y su vida... significa ésta demasiado para el país... para poderlo estudiar con la frialdad de la crítica... Digamos sólo que honra a Chile como educador, como filósofo y como ciudadano... La suya es una vida de esfuerzo continuado, de empeños que se dilatan por más de medio siglo... En cualquiera de sus aspectos que se considere y a donde quiera que se le siga, encontramos en él algo edificante y digno de imitación; ya sea en la agilidad en el concebir, el rigorismo de su dialéctica, el tino para no descender a la pasión y el ansia de altura que se adivina en todas sus actitudes. Y frente a lo irremediable, sabe suavizar asperezas, y sin amarguras, se refugia en sí mismo con la dignidad de Marco Aurelio o con la majestad de un Boecio... Con su obra filosófica sale en busca de más amplios horizontes, traspone las fronteras y piensa como ciudadano de América. El es la manifestación de auténtica originalidad de que hemos entrado a la etapa de la madurez espiritual, y de que podemos esperar frutos más sazonados en un futuro cercano...”¹

¹ Homenaje a D. Enrique Molina. Prensas de U. de Chile, Santiago 1943. Pág. 13.

2.- Esquema conceptual del pensamiento de Enrique Molina.

A la clásica expresión de Aristóteles que a los hombres les estimuló a filosofar el *deseo de conocer*, agrega Molina las condiciones del *dolor y del error*. Filosofar viene a ser como una búsqueda de adaptación a las limitaciones que necesariamente impone la vida en el orden sensible, y en compensación, ensayo de la libertad para remontarse al infinito de lo especulativo. Todas las filosofías tienen como función específica *la comprensión del Ser*. La ciencia no basta para desvelar los misterios interrogativos ante el Ser, por el contrario, acrecienta la admiración y el misterio de éste. Por eso, que los intentos por destruir o suprimir a la Metafísica se estrellarán siempre con la evidencia, si se quiere intuitiva y sencilla, de que existe una región del saber en la que sólo cabe el Ser, cuyo estudio no se puede llegar a prescindir.

El Ser, según Molina, no se define, pero puede llegarse a intuir y hasta sensibilizarse en uno mismo. El Ser tiene algunas propiedades que nos recuerdan la herencia del viejo Parménides: único, infinito, eterno y además, divino. No podemos conocer su origen ni su fin, por lo que debemos reconocer su carácter necesario y absoluto.

El Ser tiene la potencia dadora de vida y espíritu. Es capaz de crear y hacer perdurar la vida. En este despliegamiento, va pasando por estructuras materiales sucesivas que van, desde el cuerpo físico inorgánico, hasta llegar al hombre que es donde se asienta el espíritu. Con el hombre, hace su aparición la estructura superior del Ser. Molina insistirá mucho en esta relación: Ser-Espíritu, señalando que el Ser sin Espíritu es como un gigante ciego y mudo, ni bueno ni malo, sin sentido y sin expresión. Necesita de la vida para darse a través del Espíritu. La vida es una de las estructuras en que se va operando la trascendencia del Ser. En este sentido, el hombre viene a constituirse en un *colaborador del Ser*, somos parte de éste, “estamos en él, vamos con él”. No somos espectadores ni algo aparte del Ser, sino parte integrante de éste. El Ser es capaz de desdoblarse y contemplarse a sí mismo por medio del espíritu humano. Este desdoblamiento apunta a la raíz del principio de Identidad, en cuanto concebimos al Ser completo: los modos contingentes del Ser, que suceden en el ámbito espacio-temporal, no son más que cambios de formas de éste, bajo las cuales subyace

una identidad absoluta que permanece. La eternidad es el atributo del Ser puro substancial.

La espiritualidad es otra dimensión del Ser. Jamás encontramos al Espíritu como una entidad pura, sino asociada a una estructura física orgánica, a una vida. El Espíritu necesita salir de su estado solipsista en razón de ese postulado esencial del Ser por expresarse. Esta potencia inmanente del Ser se convierte en trascendencia con el concurso del hombre, por eso que éste es un colaborador de la creación. Prestamos fe a nuestras sensaciones y percepciones, con lo cual vamos afirmando la realidad del mundo exterior. Es trascendente así la acción perceptiva y sensitiva que pasa del sujeto al objeto, que sobre las vivencias de aquél realiza la hipóstasis de éste. Molina entiende la trascendencia, en este caso, como el tránsito de una estructura a otra superior en que se van verificando las síntesis creadoras de la naturaleza. No es partidario de una trascendencia absoluta, porque carece de sentido en el orden material. “Existir en un ser pleno de posibilidades —dice— es como estar en el seno de Dios. De la inmanencia de la conciencia creadora se irradia la más infinita trascendencia. Si los hombres no escuchan a Dios en su conciencia y no lo sienten ni lo realizan en ella, no lo encuentran ni lo sienten ni lo realizan en ninguna parte”.¹

La identificación que Molina reconoce entre Ser y Espíritu (esto último como potencia inmanente de éste, capaz de adquirir un desenvolvimiento racional a través del hombre), le lleva a rectificar el *cógitto* cartesiano mediante la siguiente fórmula: “Pienso, luego existo y el Ser existe: Yo soy el Ser”. Molina es de opinión que al filósofo le es absolutamente imposible concebir su pensamiento, como del Todo, solo en el mundo, huérfano de conexión con alguna otra entidad. La idea de un Espíritu absolutamente puro le repugna por su falsificación. Hasta los estados superiores del misticismo o del nirvana suponen un residuo de afinidad con el mundo. Un Espíritu absolutamente puro sería inconsciente de sí mismo y de la realidad. Necesita de la conexión del Ser, o dicho de otra manera, el Ser se expresa por medio del Espíritu.

De entre las funciones del Ser al hombre le cabe una específica: la espiritual. Sólo lo espiritual no se halla definitivamente hecho y espera para su alumbramiento que nosotros lo vayamos

¹ Enrique Molina: “Confesión filosófica”, Pág. 68.

realizando. Por el hombre es posible llevar a cabo propósitos, creaciones, designios reflexivos. Si existe un determinismo que explique la causalidad científica, este determinismo impuesto por el Ser llega sólo hasta la aparición del espíritu del hombre, en cuyo seno se aloja la voluntad que hace posible la libertad humana.

El Espíritu tiene como nota o estructura superior a la Razón. Su función consiste en refrenar los impulsos ciegos de la estructura orgánica, superar el Instinto y abrir el surco de la Conciencia discurrente.

La realización del Espíritu por el hombre no es tarea fácil. Se lleva a cabo a través de un proceso cuyo primer término es una tragedia y que comienza con el cuerpo. El Instinto carece de los dos atributos esenciales del Espíritu: la libertad y el discernimiento de valores. La Razón es aliada de los Instintos buenos o positivos, pero domina a aquellos que Molina reconoce como negativos o malos. Cuando la relación entre Instinto y Razón se da equilibradamente, se abona el terreno para que el Espíritu florezca en mejor forma. Por el contrario, cuando los Instintos se extravían, o no pueden ser dominados por la Razón, se producen las pasiones y los vicios, y el Espíritu en general, se quiebra en su desenvolvimiento.

Los factores sociales y los ambientes que están más allá de nuestro cuerpo, agudizan la tragedia espiritual. Siempre el hombre tendrá como tarea resolver y superar estas barreras, elementos básicos de su moralidad, con el fin de establecer una ecuación equilibrada entre Razón e Instinto. En esta tarea el Espíritu puede sacar de sí mismo algunas fuerzas y potencias para sobreponerse a su tragedia. Molina las cualifica en el valor, la bondad, la verdad y la justicia. Son estas virtudes las que podrían dar a nuestras vidas algunas notas de eternidad.

En la realización de la vida espiritual, el hombre se enfrenta además al problema de buscar *un sentido a su vida*. Surge así, desde la conciencia discurrente, la *actitud filosófica* como proceder cauteloso y metódico para buscar la verdad, la bondad, la justicia y el valor que, en este caso, se transforman en fines de la realización de la vida espiritual. En lo que respecta a la conducta, esta actitud consistirá en la serenidad y equilibrio a que se llega por medio del cultivo de la filosofía. Desde otro punto de vista, esta actitud filosófica permite dar

a las cosas su verdadera proporción y perspectiva dentro de la comprensión de lo universal. Coloca al Espíritu bajo la constelación de valores superiores, esenciales a la personalidad humana.

De lo anterior se infiere, según Molina, que la actitud filosófica es coincidente con el más perfecto ejercicio de la libertad. Ella enseña a elegir en qué consiste la libertad individual. En este proceso interviene otro elemento del Espíritu: la *voluntad*. Si no fuera así, sería un espíritu loco o azaroso. La quididad o esencia de la voluntad es el resorte espontáneo capaz de elegir entre dos o más alternativas. Esta quididad nunca abandona al Espíritu, sea cual fuere la situación en que el hombre se encuentra. Este es consciente, en los peores momentos, de optar o no, por la libertad.

La actitud filosófica supone también ciertas normas éticas y jurídicas que incluso el hombre individual puede tratar de superar. A menudo las censura y critica para mejorarlas.

El sentimiento religioso, por su parte, cuando no lo enturbian ni el fanatismo ni la intolerancia, conduce fácilmente a la actitud filosófica.

Esta actitud filosófica no es optimista ni pesimista, nos dice nuestro autor: es de serenidad. Frente a la antinomia “acción-contemplación” al hombre se le presentan serios quebrantos para realizar su espiritualidad. No es ya el sobreponerse simplemente a la clásica trilogía de amor, dolor y muerte. Así tenemos que para el hombre es cada vez más dramática su preocupación en las exigencias económicas como requisitos para mantener su libertad. Los trajines que demanda la vida contemporánea imposibilitan el pleno ejercicio de la atención y del pensar: todo se hace atropelladamente sin escuchar ni prestar atención, lo que incide en una cada vez mayor ausencia de cultura ética y de disciplina de la mente. El hombre siente el drama y la falencia de poder elevarse a una mayor contemplación cuya cúspide debiera ser el *amor* en su mayor expresividad y plenitud.

Los que encarnan la actitud contraria, la antifilosófica, son la rémora de la sociedad, y en cierto modo, actúan en contra de los designios superiores del mismo Ser. Son aquellos en que la Razón y la voluntad están aprisionadas o esclavizadas por los Instintos. El Espíritu, en este caso, no puede desdoblarse

positivamente para contemplar la plenitud del Todo. Son los hombres que atentan contra el mismo hombre y con el universo y que encuentran el significado de su vida en fines como la búsqueda y satisfacción del poder por el poder, los honores, sólo por la vanidad, y las riquezas y los placeres, como una forma de satisfacerse a sí mismo.

Pero el Espíritu está siempre en lucha, en constante evolución y superación, porque es propio de su naturaleza ir avanzando y manifestándose en realizaciones de la mayor intensidad con objeto de bastarse a sí mismo. Estos momentos de plenitud se hacen evidentes a través del amor, en el alma mística que siente a Dios, en el corazón que sustenta las normas o virtudes del valor, bondad, verdad y justicia.

Molina insiste en no poder concebir el absoluto de la conciencia, encerrada en un puro solipsismo y subjetivismo estéril. Tampoco entiende cómo pueda darse el puro *noumeno* o cosa en sí, retirado totalmente del alcance de nuestra conciencia cognosciente. Piensa, en cambio, que la relación interna entre Ser y Espíritu, es decir, el desplegamiento del Ser en el Espíritu, hace posible la ciencia de lo real; las categorías lógicas que el Espíritu aprehende no son más que las categorías que rigen al Ser y que el Espíritu hace evidente, mostrable. Por lo mismo, no debe existir antinomia entre realismo e idealismo, entre ciencia y filosofía, sino más bien una conciliación o complementación recíproca.

No se muestra partidario de una telefinalidad de la vida humana, porque sus condiciones son incompatibles con la libertad. ¿Qué libertad podría haber si los actos voluntarios son la realización de un designio proyectado por una voluntad superior? Pero, podría existir una telefinalidad dirigida, cuya acción llegaría sólo hasta el momento en que el Espíritu entró en acción a través del hombre, en cuyo caso éste comenzaría a obrar con libertad. Esta ecuación supondría una conciliación entre la antinomia libertad-determinismo.

Si la vida se extinguiera en el planeta, el Ser adjudicaría vida a otros Seres o modos contingentes, en otros lugares del universo, con el propósito de continuar desenvolviendo al Espíritu porque, como hemos dicho, el Ser sin Espíritu es como un gigante ciego y mudo al faltarle su básica esencia de expresarse, para contemplarse a sí mismo.

En este proceso de realización espiritual, que en el fondo no es más que la propia historia del hombre, éste ha venido creando un mundo material y otro espiritual. El concepto de creación debe entenderse aquí como un proceso o acto de transformación de substancias; como producción de síntesis llevadas a cabo con elementos ya existentes. No olvidemos que el proceso cósmico del Todo no es más que un eterno desplegarse del Ser absoluto y necesario.

El mundo espiritual está constituido por aquellos conceptos y valores que se encuentran incorporados en la religión, en el arte, en la ciencia, en los usos y costumbres sociales y en todos aquellos elementos que componen la cultura y la civilización. La firmeza del mundo espiritual depende en gran medida del papel que desempeñan los valores.

El mundo material lo forman las realizaciones y productos artificiales que producen la industria y la técnica.

Ambos mundos necesitan complementarse. El olvido de esta interacción trae consecuencias destructivas: cuando se desprecian o descuidan factores pertenecientes al mundo espiritual, como los valores morales, religiosos, jurídicos, estéticos, etc., el mundo material se resiente e incluso puede llegar a derrumbarse. A la inversa, la falta de elementos materiales, como los que emanan del orden económico, de la seguridad, etc., pueden llegar hasta quebrar los valores de una sociedad. El ejemplo lo encontramos repetido en las épocas de decadencia y de crisis. La sociedad y el hombre necesitan entonces de un equilibrio en su dinámica a través de lo que Molina llama "Ley de reciprocidad".

Esta unión inseparable que Molina exige entre lo espiritual y lo material le lleva a reconocer a lo menos tres formas de vida espiritual arquetípica: una, la hecha a base de resignación y renunciamiento. Es la vida propia de los santos, ascetas y de algunos filósofos. Su característica principal consiste en la devoción que profesan a los valores espirituales.

La segunda, es aquella que, sin llegar a una resignación absoluta, se hace sin un sustrato económico suficiente. Es la que han llevado hasta el presente algunos pueblos como los sudamericanos.

La última, es la que florece en armonía con un progreso material sólido. Ha hecho aparición en algunos momentos de

la historia como ocurrió con Atenas en el siglo V A.C., en la Roma de Augusto y en Florencia en el siglo XV. Propone llamar a esta última “cultura integral”.

La convivencia social supone una cualificación de la realización del Espíritu, puesto que el individuo, considerado como entidad aislada, constituye una abstracción. Por eso que el Espíritu se constituye a la vez en un fenómeno social. Esto lleva a Molina a reconocer tres formas en que la entidad espiritual se presenta a nuestra consideración:

a) *El Espíritu personal*, que se reconoce a sí mismo como una entidad que conserva a través del tiempo la conciencia de su propia identidad. La persona humana, en su dinámica biográfica, se va haciendo a sí misma conforme a lo que debe ser y con los cambios que reclama la búsqueda de superación. En este intento no siempre el hombre logra conservar su línea espiritual. A veces ocurren hechos que traen para él una desintegración de su personalidad. De tiempo en tiempo, el hombre siente la necesidad de someter lo vivido, lo observado y estudiado a reflexión meditativa. La inquisitoria va dirigida fundamentalmente a aspectos de nuestra vida espiritual concernientes al arte, la ciencia, la religión, la filosofía y hasta la formación misma de la personalidad. Por lo común, el conocimiento que la persona tiene de sí misma resulta ser deficiente e incompleta. Es una de las grandes tragedias del ser humano el desconocerse a sí mismo. Las experiencias de la vida, las responsabilidades y luchas que asume, le dan la ocasión de irse conociendo, de potenciarse y a la vez, llegar a conocer a los demás. Difícil tarea que la mayoría de los hombres nunca llegan a concluir. El mejor arte para vivir debería consistir precisamente en el éxito que pudiéramos tener en estas tareas.

b) *El espíritu objetivo* constituido por la red social que incluye y toma al individuo durante toda su vida y además, por las manifestaciones espirituales de los grupos sociales, el lenguaje, creencias, valores, etc., que constituyen la cultura y la tradición. Se caracteriza porque no tiene conciencia de sí mismo; por eso que sus manifestaciones necesitan siempre de un espíritu personal para expresarse. En las formas del espíritu objetivo hallamos a los principales protagonistas de la historia, pueblos, razas, colectividades religiosas, etc. De ahí que a veces se

le llame a este espíritu objetivo, en alguna de sus fases, *espíritu histórico*. Todo lo que es susceptible de tener historia está sometido a un ciclo inexorable de nacimiento, apogeo y muerte. Hay que deducir entonces, que el propio espíritu objetivo puede llegar hasta extinguirse, por el desaparecimiento de los individuos que lo componen.

c) *El espíritu objetivado*, que está constituido por aquellas expresiones vivas del espíritu personal y objetivo incorporadas a algo material. Es la forma que tiene el espíritu de pervivir a través de la historia incorporándose a productos del arte, la técnica, la ciencia, etc., para asegurar su conservación más allá de la vida individual. Muchas veces una obra o producto del espíritu tiene una duración mayor que el material en que está incorporado e incluso lo trasciende en su existencia empírica.

Estos tres tipos de manifestaciones del Espíritu se encuentran estrechamente vinculados.

Los valores forman un conjunto de las tres clases de espíritu de que hemos hablado recientemente: del espíritu personal en cuanto significan ideas y sentimientos de los individuos; del espíritu objetivo, en cuanto estados anímicos, creencias y maneras de sentir de la colectividad; y del espíritu objetivado, como substancia de leyes y códigos, de libros, de cuentos y poesías populares, de estatuas, cuadros, templos y de todas clases de monumentos en que se hallan incorporados.

Los valores, según nuestro autor, significan vivencias relativas al hombre. A lo menos, los valores éticos, jurídicos, estéticos y religiosos son inconcebibles sin las relaciones de los hombres entre sí. En todos estos valores, la existencia del hombre es un antecedente imprescindible, puesto que las formas espirituales que conocemos sólo se manifiestan en el hombre, aun cuando la materia pueda tener un ser en sí. Los valores, pues, aunque hundan sus raíces en los instintos, constituyen exponentes de esas formas superiores. No concuerda Molina con aquella concepción que adjudica a los valores un ser en sí. Aceptar esta hipótesis significaría lo mismo que investir a la Razón existencia parecida.

Los valores resultan de un proceso ascendente que comienza en su aspecto más elemental con lo instintivo y que culmina en ciertos conceptos abstractos, proceso durante el cual

la trabazón entre lo afectivo y lo intelectual no se deshace jamás. Cuando percibimos concretamente valores en las cosas o en los hechos, llevamos a cabo una función en que colaboran los sentimientos y el intelecto que significa una de las formas en que vamos realizando nuestra vida intelectual.

La falta de una existencia en sí no implica la posesión de una aparente relatividad de los valores. En ningún momento Molina duda de la realidad de éstos, por mucho que hayan sido los atabares que han padecido a través de la historia humana. Los valores son conquistas espirituales que se han ido transmitiendo por siglos entre los humanos, o por lo menos en algunos espíritus selectos. Estos constituyen la mejor heredad que recibimos de la labor secular del hombre: deber nuestro es cultivarlos porque éstos embellecen y hacen progresar la vida.

Es posible efectuar una escala jerárquica de valores. Molina coloca en primer lugar a los *valores morales*. Piensa que los creyentes colocarían en el mismo sitio a los valores religiosos. En seguida vienen, sucesivamente, los valores intelectuales, jurídicos y estéticos. Su punto de vista es establecer una escala a cuya base se encuentre lo más vital para nosotros. Al ascender por ella, el hombre debe encontrar abierto diferentes campos de investigación científica, artística y filosófica, en una perspectiva de posibilidades ilimitadas.

Hemos dicho que en su tarea de realizar su espiritualidad el hombre debe buscar un sentido a su vida. Molina sostiene que el *progreso* puede servir de núcleo a una concepción interpretativa de ésta, a condición de no mantener este concepto restringido exclusivamente en el plano social y político donde tanto se ha abusado y vulgarizado.

El progreso debe ser mirado como una creación espiritual cuya esencia va objetivándose en el mundo espiritual y material que antes aludíamos. Las creaciones del hombre siempre están amenazadas por la caducidad.

Genéticamente, el progreso se presenta siempre bajo la forma de una *idea nueva*, creada por un espíritu personal. En el orden técnico suele llamársele *invento*. Pero no todo invento o idea nueva se presta al progreso: es menester que sirva para el bien, es decir, que sus aplicaciones tengan un valor moral y social. Todo progreso que signifique un aumento de poder

sobre las cosas conlleva en seguida un nuevo problema ético al hombre que lo administra.

La idea nueva, que tipifica al progreso, resulta de un acto espontáneo del Espíritu, o más exactamente, de la Razón, como resultado de una síntesis creadora a cuya base están todas las experiencias y conocimientos anteriores.

El progreso sigue, más o menos, los siguientes principios:

- a) No se manifiesta universalmente (en los hombres, pueblos o épocas).
- b) Depende de un estado social anterior.
- c) Las diferentes funciones sociales influyen unas sobre otras recíprocamente, siendo mayor la acción de las más fundamentales (lo económico puede afectar lo artístico, por ejemplo).
- d) La idea de un estado de progreso absoluto y total es una utopía (siempre habrá posibilidad de cambio).
- e) Las inferencias sociales son sólo relativas (no tienen la precisión de las ciencias matemáticas).
- f) El progreso está en relación directa con la dominación del hombre sobre la naturaleza y en relación inversa con la dominación o explotación del hombre por el hombre (el progreso implica respeto a la persona humana).
- g) Sin esfuerzo no hay progreso (el trabajo tiene un valor esencial).